

# Un Temor de la Hora

183 P. 10  
LP 12/06/1956

\* \* \*

No tenemos en este momento otro tema de conversación que la política, y está bien. Durante largos años hemos abordado tan decisivo aspecto de la vida nacional un poco en voz baja, intimidados y sin esperanza, amenazados por aquella ley que un parlamentario ponderó asombrosamente llamándola "espada de Damocles", pero al fin se ha abierto, por contumaz voluntad de la ciudadanía, la compuerta que nos impedía expresarnos clara y libremente sobre lo que cada cual, por sí o como integrante de una agrupación, piensa del pasado, el presente y el porvenir del país. El clima actual, apenas roto por uno que otro residuo del absolutismo y la intolerancia imperantes hasta hace poco tiempo, se acerca bastante al estado ideal de debate discrepante que todo verdadero demócrata aspira para la sociedad a la que pertenece y en la cual vive.

Sin embargo, aunque discutimos y polemizamos, aunque manifestamos nuestras ideas como refutación a las ideas de quienes nos son adversos, aunque nos agrupamos en torno a banderas que consideramos las más justas y promisorias de bienestar, la mayoría ciudadana está acorde en cierto temor, que se cierne como un siniestro fantasma sobre toda posibilidad lícita de resolver la incógnita electoral, contra el cual debemos tener la decisión de luchar. Ese temor señala al enemigo con varios nombres accidentales (fraude, golpe, confusión, etc.), más sólo tiene una denominación esencial: traición al pueblo. Es decir, traición a la patria.

La experiencia política del hombre ha llegado a la conclusión de que la manera, si no perfecta, muy cercana a la perfección, de elegir un gobierno es el sufragio, cuyo recuento honrado dé en cifras lo que quieren los más. Ninguna otra forma posee como ésta la ventaja de defender a las naciones de los regímenes de clan o capilla, siempre y cuando los que participan en la consulta popular reconozcan que el único medio de que la muchedumbre responda es dejándola que se manifieste a través de su voto insobornable y secreto. Los países que han llegado a la madurez, los países que aspiran al apelativo de cultos, han adoptado el sistema democrático, no sólo como un precepto constitucional, como un mandato, sino principalmente como una permanente realidad. Ese temor que preside actualmente nuestras discusiones, el cual aflora en toda charla o pugna política de la hora, parece diagnosticar que el Perú no está preparado para contarse en el concierto de las comunidades adelantadas del mundo.

Y esto no es cierto. No se puede negar que hay quienes vinculan la vigencia de la Democracia en nuestro país con el ocaso de sus privilegios sociales y económicos, y que para evitar el colapso de la hegemonía de tales intereses están empeñados en hacer fracasar, con la violencia o con la artimaña, el despertár ciudadano de hoy y de mañana. Ellos son los que están a la zaga de la cultura, no el resto del país que, no obstante los riesgos, aspira sin pausa a que las urnas revelen el parecer de las mayorías. No hay ciudadano anónimo, ese que deposita su papeleta electoral por uno u otro candidato, que pretenda torcer el resultado de la elección por la fuerza, la leguleyada o el escrutinio falso puesto que siempre acude a cumplir su deber cívico en la convicción de que busca el bien por el camino del bien. Ese hombre, cualesquiera que sea su ideología, es un hombre culto, un demócrata.

El temor que verificamos es fruto de la tenaz frustración política a que ha sido condenado el país en los últimos cincuenta años. Contra esa tenacidad, la Democracia peruana tiene que sobrevivir en la indeclinable voluntad de los hombres libres, cuya filiación para hacer prevalecer los principios que proclamaron los Libertadores, no importa. Vencer ese peligro, primero en la conciencia y luego en la acción, será escribir colectivamente una memorable página para la historia.

**Sebastián Salazar Bondy**